

«Totus tuus»

Florián Rodero

Este comentario al lema «Totus tuus» escogido por Juan Pablo II para su pontificado no pretende de ningún modo exponer la mariología de su Santidad. Deseo sencillamente analizar, aunque sea brevemente, el contenido teológico, espiritual y pastoral que entraña la expresión. Es demasiado amplia y enriquecedora la doctrina mariana de su magisterio para agotarla en la brevedad de estas páginas.

En cinco puntos trataré de sintetizar el sentido que entraña la respuesta del Papa a la pregunta hecha por el periodista Messori sobre el «Totus tuus». 1. Juan Pablo II y el culto a María. 2. Anotación al sentido del «Totus tuus». 3. Devoción mariana cristológica. 4. Sentido consagradorio del «Totus tuus». 5. Manifestaciones personales de su devoción.

1. El silencio de lo sagrado durante la cultura de los años 60 se rompió gracias al nuevo despertar de lo espiritual en las últimas décadas. Particularmente en este último lustro antes de iniciar el tercer milenio.

Este renacer de lo espiritual no solamente se debe a las circunstancias que todo final de siglo y más el término de un milenio entraña en sí mismo, es también un fruto de la intensa labor pastoral del Santo Padre que quiere sacudir de un letargo religioso enfermizo y superficial a una sociedad olvidada de Dios.

Dentro de esta crisis de lo sagrado la devoción mariana

este fenómeno fueron las palabras pronunciadas por Pablo VI en Cagliari (Cerdeña) el 24 de Abril de 1970: *«¿Qué está sucediendo en nuestros días? Sucede que entre tantos desconciertos espirituales, se constata el hecho de que la devoción a María no encuentra una íntima y cordial dedicación en nuestro espíritu como sucedía tiempo atrás en el cual nuestro espíritu estaba más inclinado, más abierto y generoso a esta piedad mariana. Podemos preguntarnos si somos hoy tan devotos de María como lo eran hasta el día de ayer el clero y el pueblo cristiano. ¿O es que quizá somos hoy más tibios o más indiferentes? ¿No es verdad que una mentalidad profana y un espíritu crítico han hecho de nuestra devoción mariana una realidad menos espontánea y menos convencida hacia la Virgen?»*¹.

Pablo VI dio un nuevo impulso a la devoción mariana llegando a afirmar en el mismo discurso anteriormente citado: *«Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos, es decir, tenemos que reconocer la relación esencial, vital, providencial que une a la Virgen con Cristo y que Ella nos abre el camino que conduce a El»*.

Una de las preocupaciones de Pablo VI, particularmente manifestada en la encíclica *Marialis Cultus*, fue la de considerar la figura de María en un contexto cultural más actualizado y más de acuerdo con las actuales concepciones antropológicas. *«Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y en particular en las condiciones de vida de la mujer, bien sea en el ambiente doméstico, donde las leyes y la evolución de las costumbres tienden justamente a reconocerle la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar; bien sea en el campo político... Deriva de ahí para al-*

gunos una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una cierta dificultad en aceptar a María de Nazaret como modelo...» (*Marialis cultus*, 34).

Juan Pablo II, continuando la obra mariana de Pablo VI, ha presentado la figura de María como un modelo actual para el hombre de hoy y en particular para la mujer en su Encíclica *Redemptoris Mater* y en la carta apostólica *Mulieris dignitatem*.

En esta última Juan Pablo II afirma que «*la presencia especial de la Madre de Dios en el misterio de la Iglesia nos permite pensar que existe un vínculo excepcional entre esta "mujer" y la entera familia humana*» (*Mulieris dignitatem*, 2). Y esta «mujer» que ha sido elevada a una extraordinaria dignidad, a la más alta de las uniones en el orden sobrenatural con Dios por medio de Cristo, puede ser *un arquetipo de todo el género humano: representa la humanidad que pertenece a todos los seres humanos, sean hombres o mujeres*» (*Mulieris dignitatem*, 4). Así pues, Juan Pablo II desea que la figura de María no quede olvidada por el vacío de una antropología que cree superar los modelos de vida tradicionales. Por eso «*la Iglesia ve (a María) profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él*» (*Redemptoris Mater*, 52).

Siguiendo, pues, las huellas de sus predecesores, Juan Pablo II ha caracterizado su pontificado por la devoción a María, hasta tal punto que es una de las coordenadas de su ministerio y vida espiritual. Es una constante de sus viajes apostólicos el visitar algún santuario mariano donde consagra o confía su persona, la ciudad o nación a María.

Consciente Messori de esta dimensión mariana de Juan Pablo

II, cuando esta conocida a todo el mundo cristiano, pregunta al

Papa sobre esta característica tan sobresaliente. La pregunta, pues, parecía obligada.

Se esperaba una respuesta más amplia que describiera más detalladamente la piedad mariana de Su Santidad, pero la misma concepción del libro no se lo permitía. Con todo encontramos los rasgos más distintivos de ella.

2. La expresión «Totus tuus» encierra, sin duda alguna, una clara determinación de confiar el pontificado a la protección de María. A la vez entraña un sentido claro de consagración. Pero esta palabra referida a María tiene sus límites y aclaraciones que el mismo Papa anticipa antes de responder al núcleo de la pregunta.

«Consagrarse a María significa hacerse ayudar por ella a ofrecernos nosotros mismos y toda la humanidad a Aquel que es Santo, infinitamente Santo; hacerse ayudar por ella —acogiéndonos a su corazón de Madre, abierto en el momento de la cruz al amor hacia cada uno de los hombres y hacia el mundo entero— para ofrecer el mundo, el hombre, la humanidad y todas las naciones a Aquel que es infinitamente Santo»².

El Papa es consciente de que su lema podría ser mal interpretado y por este motivo las primeras palabras que reponen a la pregunta manifiestan el deseo de aclarar el sentido de la elección de su lema: *Esta fórmula no tiene solamente un carácter piadoso, no es una simple expresión de devoción: es algo más.* Estas palabras son casi las mismas que emplea la *Lumen gentium*: *«Recuerden finalmente los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad»* (n. 67). Es precisamente esa añadidura la que justifica las palabras de su escudo. Si María desempeña un papel

determinante en el desenvolvimiento de su pontificado es porque *«en el centro de este misterio, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, Madre soberana del Redentor, que ha sido la primera en experimentarlo: tú, que para asombro de la naturaleza, has dado el ser humano a tu Creador» (Redemptoris Mater, 51)*. Ese «algo más» al que se refería anteriormente el Papa es Cristo. Era necesario hacer esta salvedad para entender el significado pleno de su «Totus tuus».

3. *«La Iglesia ve a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo» (Redemptoris Mater, 52)*

Estas palabras de Juan Pablo II encierran todo el significado mariano-cristológico de la expresión elegida por él como nota dominante de su pontificado.

Este lema denota ciertamente un acto de consagración y una actitud de confianza ilimitada en la Madre del Señor. Pero es un deber el advertir que no están indicando una consagración totalmente independiente, desvinculada de cualquier otra relación, sino que implica necesariamente una conexión teológica y espiritual con Cristo.

Esta es la primera característica de su teología mariana y que se refleja claramente en la respuesta que da el Papa a la pregunta de Messori sobre el sentido del lema elegido para el pontificado: *«Respecto a la devoción mariana, cada uno de nosotros debe tener claro que no se trata sólo de una necesidad del corazón, de una inclinación sentimental, sino que corresponde también a la verdad objetiva sobre la Madre de Dios...»³*.

Una vez aclarada de un modo general el sentido de su devoción mariana el Papa, para no dar pie a interpretaciones

maximalistas, afirma con decisión el carácter cristológico y cristocéntrico de su culto a María y este es el modo fundamental de interpretar en su pleno sentido la expresión de su escudo. María está necesariamente unida a los misterios de Cristo desde el momento de la Anunciación a Pentecostés: *«María es la nueva Eva, que Dios pone ante el nuevo Adán-Cristo, comenzando por la Anunciación, a través de la noche del Nacimiento en Belén, el banquete de bodas en Caná de Galilea, la Cruz sobre el Gólgota, hasta el cenáculo del Pentecostés: la Madre de Cristo Redentor es Madre de la Iglesia»*⁴.

Serían innumerables los textos que podrían aducirse y que corroborarían la dimensión cristológica de su mariología.

Esta dimensión cristológica es el fundamento de su devoción, de su culto a la Madre de Jesús. *«La devoción a María no está en contraste con la devoción a su Hijo. Se puede afirmar que, cuando Jesús manda al discípulo que trate a María como a su madre, se encuentre el fundamentado del culto mariano... En el Calvario encontramos el inicio del movimiento de devoción mariano que no ha dejado de aumentar en la comunidad cristiana»*⁵.

Aún en los recuerdos durante su infancia de su devoción mariana, ésta está íntimamente relacionada con Cristo y es intencional el que el Santo Padre mencione esta asociación de Cristo con María: *«junto al santuario de Calvaria practican antes que nada los senderos, que son un Viacrucis en el que el hombre encuentra su sitio junto a Cristo por medio de María»*⁶. Por eso con frecuencia el Papa vincula el Calvario con la devoción a María: *«En el Calvario se ha iniciado el movimiento de la*

⁴ Ibid., p. 208.

⁵ Juan Pablo II, catequesis del 11 de Mayo de 1983; cf. *Dialoghi con la Madre*, n.

devoción mariana, que nunca ha cesado de crecer en la comunidad cristiana»⁷.

Por otra parte el Papa en la explicación de estas palabras tiene la certeza de seguir las líneas marianas trazadas por el Vaticano II. Tanto la *Marialis Cultus* como la *Lumen gentium* afirman el vínculo indisoluble que existe entre María y Cristo: «*En la Virgen María todo se halla referido a Cristo y todo depende de El*» (*Marialis cultus*, 25, cf. *Lumen gentium*, 66). El Concilio Vaticano II fue muy claro al exponer el sentido del culto a María: «*Este culto, tal y como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre, y lo favorece eficazmente...*» (*Lumen gentium*, 66). Es más, a pesar de la fuerte tensión que se creó en el aula conciliar con motivo de la dos corrientes —cristológica y eclesiológica— que disputaban la primacía en el estudio sobre la doctrina mariana, el Papa no se admiró de cuanto discutían los expertos mariólogos, porque en todo ello encontraba resonancias de su piedad mariana desde su infancia. De sus discursos podemos deducir que mantiene un equilibrio entre ambas tendencias, porque de la riqueza de ambas se engrandece la figura de María. Por ello en la respuesta unirá «Madre del Redentor y Madre de la Iglesia». Y en el comentario a la pregunta n. 34 de su libro titulada: «Para no tener miedo», afirma y recalca con letra cursiva: «*Cristo vencerá por medio de Ella, porque El quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo del futuro estén unidas a Ella*»⁸.

Aún la misma consagración a María de la que hablaré en el punto siguiente tiene en Juan pablo II un carácter claramente cristocéntrico. En el acto de consagración que el Papa hizo de la

⁷ J. P. II, *Homilía*, Mayo de 1982; Cf. *Diálogo con la Madre*, p. 390.

Iglesia y de la entera familia humana a María el 25 de Marzo de 1984 reconoce que la primacía de la consagración como el acto de abandono pertenece a Dios, a Cristo: *«Encontrándonos ante ti, Madre de Cristo, ante tu corazón inmaculado, deseamos, juntamente con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo ha hecho de sí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad (Jn 17,19). Queremos unirnos a nuestro redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su divino corazón posee el poder de conseguirnos el perdón y procurar la reparación»*.

4. Estas anotaciones previas nos permiten entrar en la lectura más honda y correcta del lema de Juan Pablo II. Me refiero al sentido consagrador que las dos palabras encierran. Este abandono o consagración⁹ en las manos de María no hay que separarlos de la dimensión cristológica. El mismo Santo Padre nos indica cuál fue la fuente de su devoción mariana: Grignon de Monfort. S. Luis María Grignon de Monfort considera que la devoción más perfecta a María será aquella que *«exija de un alma los más sacrificios espirituales, que la desprenda de sí misma y de su amor propio, la guarde más fielmente en la gracia, la una más fácilmente y perfectamente a Jesucristo y sea, finalmente, más gloriosa para Dios, santificadora para el alma y útil al prójimo»*¹⁰.

La concepción montfortiana de la consagración a María está íntimamente relacionada con la consagración a Jesús en cuya transformación consiste la más excelsa de las santidades. Al inicio del análisis que Monfort hace del contenido esencial de la

⁹ El Papa en sus discursos emplea sin muchas distinciones las palabras italianas «consacrazione» y «affidamento» que correspondería a las expresiones en castellano: consagración, acto de abandono, acto de entrega, acto de confianza. El Santo Padre en las últimas intervenciones prefiere el término «affidamento» a la palabra «consacrazione». Posiblemente esta expresión sea más adecuada desde una perspectiva bíblica: el gesto de Jesús en la cruz de confiar la Iglesia a su madre estaría en favor de la segunda.

consagración, encontramos la consagración a Jesús: *Toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Cristo*¹¹.

En la fórmula de la consagración a María encontramos en primer lugar una oración a Jesús y en la súplica final de la consagración propiamente dicha, leemos: *Acoge, Madre del Señor, esta mi entrega y preséntala a tu Hijo. El que me ha redimido con tu colaboración reciba por medio de ti el don íntegro de mi mismo*¹².

Aunque Grignon de Montfort fue uno de los mayores divulgadores de la consagración a María, bien que su tratado sobre María no se publicó hasta el 1843, antes de él otros muchos santos, escritores espirituales y devotos de María habían consagrado sus vidas a la Virgen. No deseo hacer un elenco completo, pero sí señalar sucintamente los grandes hitos de este camino de consagración.

A S. Ildefonso de Toledo (siglo VII) se le reconoce el mérito de haber expresado y predicado la idea de consagración a María. En una de sus múltiples invocaciones a la Virgen, leemos: *«Me dirijo a ti, Madre de Dios; me postro ante ti que eres la obra de arte de la Encarnación de mi Dios y me humillo delante de ti, a la que solamente corresponde el ser Madre de Dios... Concédeme someterme a mi Señor y a ti...»*¹³.

Un siglo más tarde el gran predicador de las homilías sobre la «dormición» de María, S. Juan Damasceno, escribía: *«También hoy nosotros queremos estar muy cercanos a ti, oh Soberana; sí, lo repito, Soberana, Madre de Dios y virgen; unimos nuestras*

¹¹ Cf. Ibid. p. 127. Juan Pablo II cita expresamente a S. Luis María Grignon e Montfort en la Encíclica *Redemptoris Mater*, 48.

almas a tu esperanza, como a un ancla segura y firmísima, consagrándote mente, alma, cuerpo y todo nuestro ser»¹⁴. En pleno medioevo el famoso abad de Cluny, Odilón (+1049), devotísimo de María, se consagró a ella con estas palabras: «*Aceptadme a vuestro servicio. Yo me declaro como vuestro siervo para siempre*»¹⁵.

Encontramos una consagración muy particular («*deditio*») a María en el siglo XIII. Los Siervos de María se ofrecieron a ella como camino de entrega a Cristo. No faltaron en la Edad media poetas, entre ellos Petrarca, que ofrecieron su vida a María. En sus canciones dice el iniciador del «*dolce stil nuovo*»: «*A tu nombre, virgen, (dedico) mis pensamientos, mi ingenio y mi arte, la lengua, el corazón, las lágrimas y los suspiros*». La «*oblación*» de las Congregaciones marianas del siglo XVI reconocían en María a su «*señora, patrona y abogada*». En España se difundió la devoción de los «*Esclavos de María*» a finales del siglo XVI¹⁶. Sin interrupción, pues, pasando por el ya citado S. Luis María de Montfort, llegamos a la consagración a la Inmaculada de S. Maximiliano Kolbe que tanto ha influido en la piedad mariana de Juan Pablo II. S. Maximiliano Kolbe deseaba conducir a Dios, a través de la Inmaculada, a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, utilizando todos los medios mientras fueran lícitos. Esta forma de consagración universal no es otra cosa que la evangelización en la que María desempeña un papel importante¹⁷.

¹⁴ Cf. op. cit., II, 1989, p. 519.

¹⁵ Cf. op. cit. III, p. 863. Una fórmula que tiene el carácter de consagración la encontramos también en la oración anónima del siglo X: «*Concédeme lágrimas de penitencia y de compasión para que pueda alabarte a ti y pueda glorificarte por todos los días de mi vida*». Cf. *Lodi alla Madonna*, Ed. Paoline, Milano 1981, p. 140.

¹⁶ Ya en el siglo X Pietro, obispo de Argos, en el Peloponeso, se había considerado un siervo y esclavo de María. En una oración se expresa de esta manera: «*A nosotros, tus siervos inútiles, oh Señora, concédenos...*». Cf. *Lodi alla Madonna*, p. 136.

También los últimos Pontífices han promovido la consagración de las catedrales, de sectores de la sociedad o de enteras naciones a María. Así Pío XI consagró en 1937 la catedral de Port Said (canal de Suez), con la invocación «Regina mundi, ora pro nobis». El mismo Pontífice consagró a María a los estudiantes el 6 de Agosto de 1932, y particularmente significativa fue la consagración del mundo hecha por Pío XII al corazón inmaculado de María¹⁸.

Juan Pablo II, con el lema «Totus tuus», marca el ápice de este camino de consagración a María. Consagración mariana que no es solamente un gesto individual, sino que quiere ser, a la vez, fuerza de conversión y evangelización universal. Ratificación de este enfoque mariano del actual Pontífice fue la célebre consagración a María de la Iglesia y del mundo pronunciada en Fátima el 13 de Mayo de 1982 y confirmada con la fórmula de consagración al Corazón Inmaculado de María el 25 de Marzo de 1984. En las manos de María el Papa coloca tres de sus máximas preocupaciones: la nueva evangelización, el ecumenismo y la paz del mundo.

Tampoco puede disvincularse del concepto de consagración el hecho de que «*María es la nueva Eva, que Dios pone ante el nuevo Adán-Cristo*» (p. 208).

Es decir la función de la maternidad espiritual de María que se proyecta en la mediación universal de todas las gracias, doctrina que encuentra su núcleo en los primeros padres al considerar a María como nueva Eva, Madre de todos los vivientes en Cristo. Idea muy querida por el Monfort y que S. Bernardo formuló con brevedad y fuerza: «*Haec est voluntas Dei, qui totum nos voluit*

habere per Mariam; ac proinde, si quid spei, si quid gratiae, si quid salutis, ab ea noverimus redundare»¹⁹.

No es mi intención el analizar los motivos que justifican la consagración a María. Encontramos estas razones directa o indirectamente expuestas en el acto de consagración del 25 de Marzo de 1984 o en la *Redemptoris Mater* y en otros discursos del Pontífice. Entre otras, podemos enumerar: el reconocimiento de Jesús como Madre durante su infancia y su confianza plena en ella (es el Hijo que se confía en su madre); Jesús ha asociado a María como colaboradora a su obra redentora de forma universal e integral (María a los pies de la cruz); la cooperación de María con su oración y la obediencia al plan salvífico de Dios, etc.

Juntamente con la doctrina de la consagración, claramente sugerida en el lema, encontramos también el sentido de confianza, abandono en las manos de María. Es este otro matiz que el Papa quiere añadir al «Totus tuus». Al asumir el ministerio de Pedro, Juan Pablo II pronunció una palabras de ánimo, de estímulo, de coraje al mundo y que eran al mismo tiempo una manifestación del aliento que se daba así mismo: «¡no tengáis miedo!». Estas palabras parecen salir de la boca de María y dirigirse a él y al mundo entero. Tiene fe en la victoria y confianza de que esa victoria se realizará por medio de María: «*“No tengáis miedo”, decía Cristo a los apóstoles (Lc 24, 36) y a las mujeres (Mt 28, 10) después de la resurrección. En los textos evangélicos no consta que la Señora haya sido destinataria de esta recomendación; fuerte en Su fe. Ella no tuvo miedo. El modo en que María participa en la victoria de Cristo yo lo he conocido sobre todo por la experiencia de mi nación... La “victoria”, si llega,*

¹⁹ S. Bernardo, *Sermo de Nativitate B.M.V.*, PL 183, 441. «Esta es la voluntad de Dios que quiso que nosotros tuviéramos todo por medio de María: así pues, por

llegará por María. Durante mi ministerio pastoral en Polonia, fui testigo del modo en que aquellas palabras se iban realizando»²⁰.

5. El recuerdo —que lleva grabado en su alma y corazón y que está unido al santuario nacional polaco— de sus primeros pasos en la devoción mariana, no puede considerarse tampoco como una mera forma de sentimentalismo nacionalista o de nostálgicas experiencias marianas, porque el santuario de Jasna Gora *es lugar de especial evangelización*²¹. Su misma piedad mariana infantil abarca horizontes más amplios y más profundos que los de una mera devoción sentimental.

A lo largo de la respuesta por su devoción a la Madre del Señor, el Papa se remonta a las expresiones de piedad de su infancia y juventud, a los elementos que la alimentaban y a las formas de su manifestación. Entre otras habla de las peregrinaciones, del escapulario del Carmen. Dentro, pues, de toda la concepción mariana de Juan Pablo II estos gestos de piedad mariana ya tenían desde entonces una sólida justificación. Son sencillamente medios que permiten acerca al pueblo a las verdades de la fe y hacer vivir a los fieles en sintonía con la doctrina. Estas expresiones son una catequesis, no ciertamente esencial, pero que tampoco pueden rechazarse como modos anticuados de superstición o de una devoción popular primitiva, carente de toda seria justificación.

Aquí vuelve de nuevo el pensamiento del Concilio, al que el Papa se remite de una marea explícita en su respuesta: *Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril o transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial*

hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes (Lumen gentium, 67).

Juan Pablo II sigue las directrices trazadas por Pablo VI al hablar de la renovación de la piedad popular mariana en la *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974) y en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), especialmente cuando en la cuarta parte Pablo VI analiza, valora y orienta las manifestaciones de la piedad popular.

Para Juan Pablo II esas manifestaciones revelan y a la vez esconden una fe profunda. Deben ser cultivadas y catequizadas para que sean expresión correcta y equilibrada de la fe y a la vez vehículo de conversión y renovación interiores.

Particularmente Juan Pablo II hace referencia en su respuesta a las peregrinaciones al santuario de Jasna Gora. Para el Santo Padre los santuarios son un lugar de encuentro, por medio de María, con Dios, con Cristo, con la gracia a través de los sacramentos. Por eso incluye en sus viajes una visita a un lugar de peregrinación mariana. En estas visitas aprovecha para catequizar, evangelizar y ofrecer el verdadero significado a esta modalidad de la devoción mariana.

Los santuarios le brindan una ocasión excelente para formular propuestas exigentes de vida cristiana. Dos breves citas de sus discursos pronunciados en sendos santuarios marianos testimonian esta constatación: *«Es difícil convencer al mundo actual acerca de la miseria del propio pecado y de la salvación que Dios continuamente ofrece por medio de la reconciliación realizada en la Redención.*

Ahora bien, la Virgen sin pecado nos llama a esta necesidad

pecadores, venid a lavaros, a purificaros, a reemprender una vida nueva.

Convertíos y creed en el Evangelio. La Virgen actualiza de forma nueva estas primeras palabras de Jesús en el Evangelio»²².

Para Juan Pablo II los santuarios son lugares privilegiados de la presencia de María. Son, para decirlo con sus propias palabras «*la casa donde Ella habita*»²³ Pero estos lugares, como El había experimentado en el santuario de Kalwaria, están impregnados de Cristo, porque donde esta la Madre allí está el Hijo. «*En estos lugares se realiza de modo admirable el singular testamento del Señor Crucificado: ahí el hombre se siente seguro y confiado a las manos de María*»²⁴.

Esta fue la intención del Santo Padre al hablar de los diversos santuarios marianos en la plegaria del *Angelus* durante el año 1992²⁵.

La Virgen, aunque goza de la plenitud de la presencia de Dios, no se ha desentendido de sus hijos, sino que continúa su presencia bienhechora a través de tantos medios que la tradición y el magisterio han aprobado como manifestaciones de su devoción. Entre estos el Papa menciona el escapulario.

La *Lumen gentium* en el número 67 recomienda como prácticas y ejercicios de piedad hacia María los que han sido reconocidos «*por el Magisterio en el curso de los siglos*». La reforma litúrgica mantuvo la fiesta de la Virgen del Carmen (16 de

²² Lourdes, 15 de Agosto de 1983. Cf. *Dialoghi con la Madre*, p. 60.

²³ Homilía en Fátima, 13 de Mayo de 1982. Cf. *Dialoghi con la Madre*, p. 38.

²⁴ *Ibid.*, p. 38.

²⁵ La Pontificia Comisión para América Latina recogió estas alocuciones, cf.

julio) como memoria facultativa. Esta fiesta está ligada a la devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También el escapulario entraña un significado cristológico.

El escapulario es un medio por el que se hace presente a María y a ella se invoca para que sea una ayuda en la subida al «monte Carmelo». Este monte es Cristo. Entra, por lo tanto, el escapulario dentro de esa característica de María como camino para llegar a Cristo. Del escapulario han hablado varios pontífices. Ya en el siglo XIII, Inocencio IV promulga tres documentos acerca del escapulario carmelitano²⁶. En el siglo XVII Paulo V concede especiales indulgencias a los cofrades del santo escapulario²⁷. León XIII concede otras indulgencias en favor de los escapularios de los sagrados corazones de Jesús y de María²⁸.

Y más cercano a nuestros días, Pío XII, que también recuerda la devoción de su infancia al escapulario, con ocasión del VII centenario del escapulario del Carmen, escribió: «*Esta piadosa iniciativa la recomendamos de todo corazón, tanto por nuestro constante amor hacia la Madre de Dios como por nuestra agregación desde la más tierna edad, a la confraternidad de dicho escapulario... Ciertamente, el sagrado escapulario, como vestidura mariana, es signo y garantía de protección de la Madre de Dios; pero no piensen quienes lo visten poder conseguir la vida eterna en la pereza y en la indigencia espiritual*»²⁹. Juan Pablo II también se refiere a la riqueza de simbolismo que el escapulario encierra. A este simbolismo también se refiere Pío XII. Entre la riqueza de simbolismo encontramos: la humildad, la castidad, la modestia, la sencillez, simbolismo de súplica, etc.

²⁶ Uno en 1246, otro *Cum dilecti* en 1247 y un tercero *Ex parte dilectorum* en 1252.

²⁷ El Breve *Cum certas* del 30 de Octubre de 1606.

²⁸ Carta apostólica: *Ad fidelium cultum* del 17 de Marzo de 1901.

No se ha llegado, pues, «ex abrupto» a esta concepción del pontificado de Juan Pablo II, como una forma original y novedosa de enfocar el ministerio apostólico. Está en continuidad y conformidad con la tradición de la más sana y exigente doctrina mariana por su íntima e indisoluble relación con Cristo, único, definitivo y eterno Redentor.

El «Totus tuus» de Juan Pablo II expresa lo que alguien dijo de María: «Maria, maxima fiducia, tota ratio spei»³⁰.

FLORIÁN RODERO

Nació en Salamanca, España, en 1944. Obtuvo la licenciatura en filosofía y el doctorado en teología por la Universidad Gregoriana de Roma con la tesis: «El pecado social en los documentos de las Conferencias Episcopales de América Latina, de Medellín a Puebla». Ha publicado *En diálogo con Dios* (1992) y *El sacerdocio en los Padres* (1993).

